

4



punto de vista

AGOSTO DE 2013

Con los pies en la tierra:
una transformación rural sostenible

Dar a la población rural pobre la oportunidad de salir de la pobreza



Con los pies en la tierra: una transformación rural sostenible

Cuando los precios de los alimentos se dispararon en 2007 y 2008, docenas de países se vieron sacudidos por revueltas civiles, disturbios y actos de violencia. Esos acontecimientos ilustran claramente que la alimentación puede ser una cuestión explosiva. O, para ser más precisos, la falta de alimentos asequibles puede desestabilizar comunidades, gobiernos e incluso países. Las repercusiones en la seguridad han contribuido a que la agricultura y la seguridad alimentaria hayan pasado a ocupar un lugar destacado en la agenda de desarrollo internacional.

Sin embargo, es importante entender que no se trata solamente de aumentar la producción de alimentos para una población mundial que superará los 9 000 millones de personas en 2050. Hoy en día, la inseguridad alimentaria está relacionada principalmente con un problema de acceso. El mundo produce alimentos más que suficientes para alimentar a toda la población. Sin embargo, los sistemas alimentarios actuales no son sostenibles y las modalidades de desarrollo tradicionales no han logrado beneficiar a más de 1 000 millones de personas, que siguen viviendo en condiciones de pobreza extrema.

El mundo actual está lleno de paradojas, algunas grotescas, pero ninguna de ellas lo es más que el hecho de que mientras 870 millones de personas pasan hambre cada día, un tercio de todos los alimentos se pierde o se desperdicia. Nos maravillamos ante las tasas de crecimiento de los países de ingresos medios, pero en algunos de esos países viven decenas de millones de personas muy pobres. Alrededor del 75 por ciento de los habitantes más pobres del mundo viven en las zonas rurales y obtienen sus medios de vida principalmente de la agricultura, al tiempo que producen más del 80 por ciento de los alimentos que se consumen en África Subsahariana y partes de Asia. No obstante, muchos de ellos son a su vez compradores netos de alimentos.

En un mundo ideal, el aumento de la demanda de alimentos y el incremento de los precios se traduciría en mayores ingresos y prosperidad para quienes trabajan en los 500 millones de pequeñas explotaciones agrícolas del mundo. En cambio, debido a la falta de acceso a los mercados, las deficiencias de infraestructura y otras causas, a menudo los pequeños agricultores no pueden beneficiarse del aumento de los precios. Al contrario, se ven perjudicados por ellos. En *El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo 2012* se observó que, como resultado de las pérdidas de ingresos y el aumento de los precios de los

alimentos, es probable que las personas pobres en muchos países “hayan tenido que renunciar a la calidad y diversidad de los alimentos que consumían y recurrir a alimentos más baratos y menos nutritivos”, o recortar otras necesidades básicas, como la salud y la educación.

El mundo se está volviendo cada vez más urbano, pero las ciudades todavía son alimentadas por quienes trabajan la tierra en las zonas rurales. Sin embargo, la brecha entre el medio rural y urbano se ha ampliado y esto plantea una nueva amenaza para la estabilidad. Dado que la falta de recursos y acceso a los mercados afecta a muchas personas de las zonas rurales —especialmente las mujeres, quienes constituyen casi la mitad de los agricultores del mundo en desarrollo—, hay pocos incentivos para que estas aumenten el rendimiento y la productividad. Si la agricultura se percibe como una actividad agotadora y poco gratificante, no es de extrañar que los jóvenes abandonen las zonas rurales en busca de oportunidades, abarrotando las ciudades que ya están superpobladas.

Sin embargo, el medio rural está cambiando a medida que el aumento de los rendimientos procedentes de la agricultura atrae más inversiones y crea nuevas oportunidades. Debemos asegurarnos de que las zonas rurales no solo experimentan cambios, sino que se desarrollan, y que la población rural es el eje de ese desarrollo y se beneficia de él. Las inversiones deben respetar los derechos de la población local y salvaguardar su acceso a la tierra y a otros recursos.

Sin el desarrollo rural no se puede lograr ni la seguridad alimentaria mundial ni la erradicación de la pobreza. Cada vez más, la comunidad que se ocupa del desarrollo se está dando cuenta de que no podemos avanzar si seguimos pensando que la agricultura y las zonas rurales son atrasadas o marginales. Los dirigentes y los encargados de la adopción de decisiones de los países en desarrollo deben aceptar esta transformación y cambio de mentalidad.

Integración, transformación, sostenibilidad

A medida que van pasando los días que faltan para 2015 y los debates sobre la agenda para el desarrollo después de 2015 se intensifican, se habla mucho no solo de una nueva serie de objetivos, sino también de una nueva forma transformadora de alcanzarlos.

La idea de la transformación no es nueva. Hace casi 40 años, en la Declaración universal sobre la erradicación del hambre y la malnutrición se señalaba que para “eliminar los obstáculos que dificultan la producción de alimentos y conceder incentivos adecuados a los productores agrícolas” haría falta “adoptar medidas efectivas de transformación socioeconómica,” entre ellas, la reforma normativa, la “organización de las estructuras rurales”, “el fomento de las cooperativas de productores y de consumidores” y “la movilización de todo el potencial de recursos humanos, tanto de hombres como de mujeres,” a fin de lograr “un desarrollo rural integrado, y la participación de los pequeños agricultores, los pescadores y los trabajadores sin tierras”.

Esta declaración fue aprobada en 1974 por la Conferencia Mundial de la Alimentación, la misma conferencia que proporcionó el impulso inicial para la creación del FIDA. Precisamente de eso se ocupa el FIDA: de este tipo de transformaciones y medidas integradas para ayudar no solo a las personas sino también a las comunidades a salir de esa situación. El FIDA ha sido un organismo líder e innovador, sobre todo gracias a su trabajo con la población rural y sus organizaciones. Para el Fondo, el “empoderamiento” no es solo una palabra. La unión hace realmente la fuerza y cuando las personas se organizan y pueden defender por sí mismas sus propios intereses, hemos visto que han cambiado el contexto en el que viven.

Al hablar del desarrollo, es un lugar común decir que es mejor enseñar a la gente a pescar que darle pescado para comer. Sin embargo, una agenda de desarrollo transformadora y sostenible pone el listón a un nivel más alto, ya que se ocupa de todo el contexto en el que la gente pesca, el modo en que lo hace y lo que pesca. Ayuda a que la gente pesque hoy de una forma que también garantice que habrá peces para capturar mañana y muchos años más después.

Un ejemplo muy concreto son los pescadores de la zona abarcada por el Proyecto de Pesca Artesanal en el Banco de Sofala (Mozambique), que usaban mosquiteros para pescar porque el tamaño mínimo de la malla permitido por la ley era demasiado grande para capturar las especies locales. El uso de mosquiteros significaba que entre las capturas incidentales había muchos peces pequeños o juveniles, lo que amenazaba la capacidad de estos de crecer y reproducirse y, por lo tanto, ponía en peligro el ecosistema y la sostenibilidad del recurso. En el marco del proyecto, se emprendió un diálogo con el Gobierno que propició la modificación de las leyes que regulaban el tamaño de la malla y, con el tiempo, el abandono de la utilización de mosquiteros por los pescadores.

Este pequeño ejemplo muestra por qué el FIDA está dando cada vez más importancia al diálogo sobre políticas y cómo se relaciona con la ampliación de escala y la sostenibilidad. Si bien la comprensión de las necesidades de la población y las limitaciones que impulsan su comportamiento, y el cambio de una norma que estaba obligando a las personas pobres a minar su propia base de recursos pueden parecer tareas sencillas, todavía no son una práctica habitual, y muchos enfoques de desarrollo impuestos desde arriba han fracasado. Esto es precisamente a lo que se debe gran parte del interés del FIDA en el entorno normativo: velar por que en el plano nacional existan las condiciones previas y los incentivos para que la población rural invierta más, y con mayor eficacia, en la producción agrícola y las microempresas.

La transformación no significa solamente cambiar el resultado, sino cambiar el contexto. La sostenibilidad supone una transformación porque debe promover al mismo tiempo la mejora y la prevención, lo que cambia el presente y abre la puerta a un futuro mejor y más seguro.

En otras palabras, se sabe si un cambio es transformador cuando tiene continuidad en el tiempo. Hace veinte años, en los alrededores de la aldea de Batodi (Níger), los campos eran casi yermos. Sobre la base de iniciativas locales, en el marco de un proyecto apoyado por el FIDA, se trabajó con los agricultores para recuperar y mejorar el uso tradicional de los hoyos de plantación y las medias lunas, a fin de recoger y almacenar el agua de las lluvias y la escorrentía en las tierras degradadas y, así, reverdecer la zona. Hoy en día, en los alrededores de Batodi, la densidad de árboles en las explotaciones agrícolas es mayor que la de hace 20 años atrás. El suelo es más fértil y los árboles proporcionan forraje para el ganado. Hay pruebas de que con las técnicas de captación de agua se han repuesto las aguas subterráneas y el nivel de agua de los pozos ha aumentado. Como resultado de ello, los habitantes de las aldeas han logrado diversificar la producción de alimentos de los hogares gracias al cultivo de huertos alrededor de los pozos y están en mejores condiciones de hacer frente a los años de sequía, por lo que el estado nutricional de las familias ha mejorado. Sin embargo, el proyecto en sí concluyó realmente en 1996.

La transformación de los espacios rurales y la vida rural exigirá tecnologías, asociaciones y proyectos creativos. Un buen ejemplo es el gestor de biogás, cuyos beneficios son tan numerosos que alteran profundamente la vida de las familias y las comunidades. Hace más de un decenio, el FIDA y el Gobierno de China colaboraron a fin de utilizar por primera vez el metano del biogás producido

por los desechos humanos y animales para la producción de energía. La disponibilidad de biogás proporciona acceso a energía en zonas que no están conectadas a la red eléctrica y abre muchas oportunidades, desde el suministro de luz para que los niños puedan estudiar hasta la facilitación de nuevas actividades económicas. La utilización de gas de combustión limpia en lugar de madera reduce los daños a la salud causados por la inhalación de humo y, al mismo tiempo, disminuye la presión sobre los recursos forestales. Además, dado que las mujeres de las zonas rurales suelen pasar muchas horas recogiendo leña, proporciona el recurso más valioso de todos: el tiempo, que podrían dedicar a aprender, a ganarse la vida o a muchas otras actividades que les permitan mejorar su calidad de vida.

Sabemos que al transformar la vida de las mujeres también se transformará la vida de los demás, porque cuando se da a las mujeres mayor control sobre los recursos, ellas los utilizan para mejorar la nutrición familiar y la educación. Las mujeres son cada vez más las agricultoras del mundo en desarrollo y son la columna vertebral de las comunidades rurales. Sin embargo, también suelen ser los miembros más desfavorecidos de las sociedades rurales. Se calcula que, si se aplicaran unas reglas del juego más equitativas y se ofreciera a las mujeres el acceso a los recursos en igualdad de condiciones, el número de personas que padecen hambre en el mundo se reduciría de entre 100 y 150 millones de personas. El establecimiento de esas condiciones de igualdad debe formar parte de cualquier agenda transformadora.

Mantenimiento del futuro

La pobreza no es solamente un problema de las personas, sino que es un problema de las sociedades y, puesto que es sistémico, requiere soluciones sistemáticas. Es importante volver a recalcar que la falta de seguridad alimentaria está relacionada principalmente con la falta de acceso. El hambre y la pobreza no ocurren por casualidad, sino que se crean como consecuencia de la desigualdad, la falta de oportunidades, el abandono y la discriminación. Por ese motivo, uno de los mensajes más importantes que se desprenden de las numerosas consultas e informes sobre la agenda después de 2015 es el llamamiento a favor de un enfoque integrado respecto de la pobreza, el hambre y la inseguridad alimentaria, que aborde las cuestiones de los derechos, la igualdad, la integración y la buena gobernanza junto con un programa económico y ambiental.

La desigualdad es insostenible para la raza humana; produce hambre, pobreza y conflictos. También obstaculiza el desarrollo y, en la medida en que contribuye

a la persistencia de formas insostenibles de vida, acaba agotando los recursos productivos de los que depende la vida humana. Un mundo con más de 9 000 millones de habitantes, en el que la insostenibilidad de las modalidades de producción y consumo de alimentos ha dejado a cientos de millones de personas en un estado de desnutrición y pobreza y en el que no se ha hecho nada por atenuar los riesgos del cambio climático incontrolado, no es el futuro que queremos.

Con todo, tenemos que ser realistas. El futuro que queremos no es gratis y no basta con desearlo. Habrá que pagar por él, no solo mediante el aumento de las inversiones en la agricultura y el desarrollo rural sostenibles a fin de garantizar alimentos suficientes, inocuos y nutritivos para todos, o mediante la eliminación de las barreras que impiden el acceso a los alimentos, los insumos y la financiación, así como la supresión de incontables obstáculos más. Nos costará no solo dinero, sino tiempo, y mucho más cuidado y atención. ¿De qué sirven las directrices voluntarias si no prestamos atención a su seguimiento y no nos unimos a los llamamientos en favor de la rendición de cuentas? ¿Cómo se logrará el consumo responsable si no somos nosotros mismos los que, en primer lugar, actuemos de esa manera?

La paradoja final es que si nuestra labor tiene éxito, dejaremos atrás una agenda inconclusa: la de mantener y sostener unos sistemas alimentarios más equitativos y viables desde el punto de vista ambiental que son los que estamos esforzándonos por establecer.

por **Kanayo F. Nwanze**
Presidente del Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola



Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola
Via Paolo di Dono, 44 - 00142 Roma (Italia)
Teléfono: (+39) 06 54591 - Fax: (+39) 06 5043463
Correo electrónico: ifad@ifad.org
www.ifad.org
www.ruralpovertyportal.org
 ifad-un.blogspot.com
 www.facebook.com/ifad
 www.twitter.com/ifadnews
 www.youtube.com/user/ifadTV

Contacto
Sabel NDure-Barry
Auxiliar Ejecutiva del Presidente
Teléfono: (+39) 06 54592200
Correo electrónico: s.ndure-barry@ifad.org



Agosto de 2013